

tores bilingües, y “Casadas con la casa y con la fábrica”, con las entrevistas a las mujeres de Río Blanco.

Decididamente, el autor apuesta a una historia oral que pone en el centro no lo que se relata, sino cómo se construye este relato. Escribe:

La lente no va dirigida a comprender la tipicidad del individuo o a extraer información fáctica sino a comprender la experiencia a través de los sucesos. El foco sobre la experiencia abarca tanto la percepción como la acción, a partir del supuesto de que la manera de ver el mundo determina, al menos en parte, el actuar en el mundo. Por esta razón es importante entender los valores y las ideas que intervienen en la particular manera de ver el mundo. La percepción en parte está informada por la costumbre heredada, que conforma la memoria compartida, y en parte

por la vivencia individual de situaciones nuevas, que conforman la memoria individual. La acción entonces cobra otro sentido —ya no como mero eslabón en una cadena de causas y efectos— en tanto es simultáneamente repetición e innovación. El recuerdo, es decir, la reflexión retrospectiva de las acciones, refiere un proceso cultural que confiere coherencia y significado al sinnúmero de sucesos ocurridos en condiciones siempre distintas. La historia oral ofrece al historiador una perspectiva privilegiada de esta reflexión retrospectiva.

Este planteamiento se muestra particularmente en el ensayo “Parientes, amigos y pares: tres anécdotas para pensar el siglo XX”.

El autor no desdeña, sin embargo, el interés de la historia oral como una posibilidad de conocer mejor el siglo XX. No descuida el análisis de

las relaciones sociales que las narraciones ponen de manifiesto, al tiempo que va señalando cómo se inscriben en algunos procesos capitales de la historia del siglo XX, entre ellos la formación de nuevas clases sociales, la relación tradición-modernidad, la migración, la escolarización, las transformaciones de las relaciones de género y de la vida doméstica. Aunque este enfoque se muestra en el libro como un interés relativamente secundario o, quizá, como una posibilidad todavía no resuelta.

En este sentido, el último ensayo “Contextos: clase, etnia y género en el siglo XX” sería entonces más que una especie de recapitulación, una propuesta de estudio del siglo pasado, no un punto final sino un punto y seguido que invita a explorar a través de las tres categorías citadas. El mensaje final parece ser que es mucho lo que en adelante se tiene que hacer y se puede hacer.

Desde la entraña del averno

Rebeca Monroy

Patricia Aridjis, *Las horas negras*, México, Conaculta-Fonca/CEDH/Fundación Unidas para Ayudar, A.C./UACM/DESEA, 2007.

Las horas negras capturadas por Patricia Aridjis son las imágenes de una de las reclusiones más terribles, del aislamiento del mundo externo y cotidiano, de lugares recónditos don-

de se deposita a las personas en espera de que corrijan sus conceptos, actitudes y formas de enfrentarse a la terrible realidad que las rodea. Siete años de continua labor entre las mujeres y sus historias son ahora contadas, en una conmovedora historia visual, por Aridjis en su libro.

Entrar en ese averno terrestre de los reclusorios femeniles ha sido la tarea que se planteó Patricia Aridjis en la búsqueda de las escenas que se perpetúan día con día, segundo a segun-

do, donde el tiempo parece detenerse ante las condenas implacables, ante la falta de asistencia, ante la carencia de quehaceres y entretenimiento; son retazos de una terrible y silente realidad que capturó sistemáticamente en un esfuerzo constante de casi tres años de labor documental. La fotógrafa ha recopilado centenares de negativos, de los cuales sólo nos presenta una parte significativa en su matizada calidad del blanco y negro, donde las profundidades de la soledad, de la

depresión, el llanto como síntoma, la risa como recurso, las profundas adicciones como vehículo de evasión, los encuentros y descubrimientos amorosos, la maternidad inconclusa son sus motivos, en donde además las mujeres se reestructuran visualmente bajo la mirada atenta de Aridjis.

Las imágenes someten al espectador a un mundo poco usual y poco expuesto, pues conlleva una estética del dolor *per se*, por saber o imaginarse las historias detrás de cada rostro y cada mano que se asoma en la penumbra. Patricia Aridjis logra hacer su camino de fotógrafa participante, eludiendo las más sórdidas posibilidades burocráticas para entrar en los reclusorios y después limar las fuertes suspicacias de las internas, para compenetrarse en sus historias y realizar las imágenes con la fuerza visual que le da su capacidad empática compartiendo parte de esas historias, como señala la autora:

También hay momentos importantísimos de convivencia con las reclusas, en donde hay que dejar la cámara a un lado y escucharlas. Aquí se cuentan cientos de historias de amor y desamor, dichas una y otra vez, que a fuerza de tanto contarlas ya no sabemos si son realidad o mentira. Si alguna vez sucedieron o fueron inventadas para hacer menos duro el encierro.

No es un mundo fácil, es muy rasposo, hermético y críptico, pero la fotógrafa tiene la facultad de hacer algo que nadie hace por ellas: las escucha, atiende, comprende y aún más importante las *mira*, y con este acto ellas reaparecen en la vida y recuperan sus propias miradas perdidas, sus esfuerzos inéditos y parte de las esperanzas desvanecidas. En ese momento hay quien las escuche, las perciba sin ejercer una condena, pie-

dra angular de su trabajo, porque es justamente esa fuerza evocativa que porta Patricia del exterior lo que les brinda un poco de alegría y consuelo. Es su figura de mujer productiva cargada de extraños aparatos, la cámara al cuello con su tercer ojo, que le funciona como una extensión de su propio cuerpo, todo ello le permite penetrar en la entraña misma y plasmar una importante constancia, un testimonio visual ineludible e impensable, dado que: “Las internas no pueden tener consigo ningún retrato, mucho menos cámaras fotográficas. La única referencia que algunas tienen de las transformaciones que el encierro ha marcado en el rostro, son los espejos”. Además, Patricia sabe que para ellas “su celda es ya su *casa*, la cual decoran ‘feminizan’ y le otorgan elementos de su personalidad”. También en las imágenes se observa el gusto por usar ciertos elementos de identidad como las pulseras, los collares, el barniz en las uñas, el maquillaje, lo que hace mención al gusto por el arreglo personal y la feminidad no desaparecida dentro de la reclusión y la soledad, además de incluir los tatuajes a modo de *graffiti* corporal, como parte del proceso de ejercer una identidad y presencia.

La fotodocumentadora las percibe y retrata en sus más íntimos momentos, mostrando su soledad, su tristeza ante el abandono de la familia nuclear, de las parejas que no regresaron, de los hijos que no desean saber más de sus madres, también sabe de sus autocondenas, una de ellas le comentó: “Compañera es más penoso vivir prisionera dentro de ti misma, que vivir en prisión y ser libre”. O aquellas que han encontrado dentro de las paredes y los barrotes los límites claros que no tuvieron en el exterior, es el caso de María Teresa cuando escribe: “...le doy gracias a Dios, por haber llegado a este lugar. Porque de alguna manera me he rehabilita-

do, ya que yo fui adicta a la cocaína, y en este lugar aprendí el valor que tiene mi vida y mi libertad”. Aparece el sentido del amor-odio más exacerbado concentrado en la figura materna, receptora de pesares y amores: “Mi peor desgracia fue haber perdido al ser más querido que fue mi abuela... mi única visita que tengo los domingos es la de mi mejor amiga y compañera que es mi madre...” Alejandra, por su parte, admite su adicción y afirma: “Hoy en este momento agradezco tanto a Dios haberme rescatado de aquel infierno en el que yo estaba...rescatar a mi hija y valorar día con día a la mujer que me dio el ser. Mi madre.”

En contraste, Esperanza Escobar tiene una sentencia de alrededor de 25 años —saldrá a los 50— por haber degollado a su mamá y le confiesa a Aridjis: “Es que ya me tenía harta la culera. Además yo estaba muy drogada”, Patricia flexiona sobre Esperanza y dice: “No habla más del tema. Esperanza se ha vuelto cristiana. Reza siempre antes de comenzar a ingerir los alimentos de los tres momentos del día”.

Vida y muerte, amor y odio, justicia e injusticia, libertad y reclusión, son elementos complementarios, simbióticos, contradictorios que hablan de las más puras pasiones y las más radicales presencias. En ese infierno el consuelo es un dios misericordioso y atento, que les ayuda a salir de su propio fuego, creado por condiciones objetivas de abuso físico y mental de sus padres y parejas, hay las hijas violadas, embarazos prematuros, aunado a las carestías más inmediatas, abrasadas por la escasez de cariño, el consuelo de las drogas que las hace delinquir y venderse a cualquier postor; aparentemente, en ese entorno sólo se ve la opción de la violencia para oponerse o manifestarse. También las hay como Silvia Patricia, quienes encontraron que “...en

este lugar he puesto mucho empeño de mi parte para ser alguien en la vida, me he recuperado, ya no me drogo, me gusta mucho hacer deporte y estudiar, también me gustaría hacer muchas cosas más pero mi visita es muy escasa...”.

Estas son algunas de las profundas confesiones que se ha encontrado en su trayecto visual y gráfico la autora de *Las horas negras*, donde podemos observar que su inclusión como participante visual le ha dado acceso a los territorios amorosos, gestados ante la soledad y el abandono o bien por el redescubrimiento de una nueva identidad, así lo confiesa Esperanza: “Yo me voy con quien me dé cariño, no me importa si es hombre o mujer”. Por su parte, Patricia sabe que: “Esperanza Escobar en Tepepan se volvió lesbiana. Sus hermanas cristianas la critican por eso”. Quien conserva el calor humano y el amor de su pareja mujer, y también está clara de sus condiciones de vida, es Eli, que es lesbiana, profesora de cristianismo y asegura su necesidad emocional; su pareja María García tiene esa apariencia masculina que hace honor a su nombre de guerra, pues se hace llamar “Mario”. Las fotos de Patricia muestran esta interacción clara de los roles en sus momentos de mayor querencia. Eli no está tan segura de seguir con él (Mario) cuando salga, pues es “celoso” y “posesivo”, dentro de la reclusión la vigila constantemente.

Sacar a la luz y dibujar con ella esos momentos es un claro atrevimiento para la persistente moral porfirista, y así el amor confeso de Silvia y Claudia permanece entre los bromuros de plata, su discurso que las muestra en alto grado de fusión amorosa lo hace patente: “Nos enamoramos a primera vista, Silvia se enamoró por su ángel y gran inteligencia que le brotaba y yo Claudia me enamoré por su gran carisma que

ya tiene y desde luego por su espontaneidad...”. En las fotografías con un acentuado claroscuro podemos ver el amor en su más clara expresión con los rostros y los besos ardientes de dos reclusas que se encontraron bajo la misma suerte y no pueden dejar de verse y saberse. Para ellas la libertad es una limitación, por ello el delinquir puede significar reencontrarse con el ser amado tras las rejas en ese mismo lugar.

Algunas buscan caminos irreducibles, como la joven que tiene grabados en su cuerpo los intentos suicidas, que parecen trofeos de colección. Bien es cierto que la propuesta visual de Patricia no hace necesario verle el rostro, al ver el ojo parte de su rostro y su brazo nos podemos percatar de su presencia compleja, su fuerza inaudita y su necesidad irreparable: “...en la droga y el alcohol me refugiaba por q’ en mi había una soledad y resentimiento...ya no era dueña de mis actos...y tanto ha sido mi locura q’ 5 veces he intentado suicidarme cortándome las venas a lo mejor con la intención de llamar la atención...”.

El proyecto que le ha llevado varios años de su vida, que combina entre las largas horas de trabajo asalariado con el gusto por la realización de lo personal, el reportaje en las cárceles, ha tenido la insoslayable tarea de observar el dolor humano de la maternidad tras los barrotes, estas imágenes de reclusión femenina bien pueden ser una evidencia clara de la discriminación más severa de género y de clase. Así vemos a las mujeres con sus hijos, quienes pueden permanecer con ellas desde el nacimiento hasta los seis años de edad; con el terrible dolor que causa desprenderse de ellos siendo pequeños para enviarlos con algún familiar, darlos en adopción, o encargarlos a otra institución; sin embargo, es seguro que los perderán de vista, por ello la fotocreado-

ra comenta: “Hay niños que nacieron en la cárcel y sus ojos no han visto otra luz que la que pasa a través de las rejas”.

En las imágenes se evidencia que Patricia Aridjis, con la magia de su cámara, el trato amable y el testimonio empático les confiere a estas mujeres lo que se les ha negado: una identidad, un sello distintivo, una presencia inusual, el ser aceptadas como son, lo que son y a pesar de que lo son. Esa mirada que atraviesa el lente gran angular de su cámara de 35 mm refleja sobre la superficie del espejo un sueño, una evocación y un lugar lejos del anonimato; mostrarlas al lado de las estrellas rutilantes del universo gráfico de la vida social de esta ciudad, en las más profundas realidades que retrata Aridjis, es el objetivo. Son sus composiciones precisas de grandes primeros planos, de gusto por las líneas oblicuas, de las ricas texturas que igual se imprimen por las paredes descarapeladas, de los disimulados ladrillos, con los barrotes y las rejas que detonan líneas horizontales y verticales, de juegos visuales limitados dentro del encierro, de los muros, las que rodean las vidas de las internas. Asimismo, es posible observar la textura áptica grabada en el cuerpo tatuado, las ajadas pieles en rostros jóvenes y los surcos de las mujeres maduras. El manejo diestro de la luz nos hace pensar que es un tema que apasiona a la fotógrafa, pues busca situaciones difíciles para enfrentar su material, así la luz rasante, el contraluz o las escasas condiciones le dan motivo para lograr documentos visuales de gran calidad estética, vinculando su discurso con el elemento que mueve la sensibilidad, que permite encontrarse en medio de la más dura de las historias de suicidio o de vidas en condena perpetua, pero que es posible verlo y vivirlo sin temor, sin horror, con la comprensión e incluso el rasgo de ternura que a

veces se fuga de entre los barrotes. En todo ello, de manera muy amalgamada es posible observar que las imágenes tienen la gran maestría de Aridjis. En este sentido, las mujeres internas se recuperan, recobran una imagen definida por el testimonio visual, que ellas no alcanzan a ver, pero sí intuyen que sus rostros trascenderán las paredes y los barrotes de sus celdas, dándoles la libertad que tanto anhelan, y logrando su deseo de ser mejores, así se proyectan en las páginas de este libro que reivindica los sueños, los anhelos, las evocaciones y les permite llegar lejos al ejercer su sexualidad, sus romances, su maternidad, sus odios y deseos más recónditos, proyectados de los muros de la reclusión a las páginas de un libro, los inframundos comunicados entre lo externo e interno, limpiando las alas que les da el deseo de vivir y de ahora saberse vistas lejos, muy lejos de ahí, gracias al ojo sensible de Patricia Aridjis. Este libro, editado bajo

el ojo atento de Francisco Mata, con la cuidadosa y fina digitalización de Agustín Estrada y el atractivo y bien resuelto diseño de Jorge López, da pauta a un libro que abre *las horas negras* a la vista de todos, que permite abordar la intimidad de la cárcel, la reclusión, un inventario de emociones contenidas al que pocas veces podemos acceder con tanta fuerza. Hay un ojo que mira para reivindicar, es el de Patricia Aridjis, quien muestra su gran oficio, su profesionalismo y lo comparte en esta fina y cuidadosa selección, donde son ellas, las mujeres, las que hablan y enmudecen nuestros precarios sentidos.

Como marco del libro se presentó también una exposición en un renovado edificio de la ciudad de México conocido como las Ajaracas, en la que se incluyeron además de las imágenes del libro, otros retratos de gran factura. En ellos se muestran cómo la reclusión puede transformar el rostro, los gestos, las actitudes, pero también

cómo la fotografía puede subrayar de otra manera estos rasgos y enmarcarlos dentro del ámbito de lo social, lo cultural. Esos retratos tienen un eco visual de los que hiciera Mapplethorpe con sus amigos, señalando sus características más profundas sin recurrir al artificio ni a lo barroco que puede llegar a ser el discurso visual.

Sentencia Patricia: “ella me pidió que la retratara porque era su única forma de salir de ahí...”. Ésa justamente es la fuerza evocativa de la imagen en que está basado este libro “negro” de horas duras, de páginas a develar, de rostros, manos, cuerpos que duelen en lo más íntimo de nuestro ser femenino, mutable, que requieren más atención y calidad de vida de lo que el Estado ha querido comprometerse y nosotros hemos querido notar. No hay forma de evitarlo, ahora tendrán que verse estas *horas negras*, y todas ellas estarán afuera de esa reclusión gracias a la fuerza sublime de la imagen.

